

POSTFACE: EL COMBATE POR LA CALIDAD¹

Mercedes Vilanova
Universidad de Barcelona

RESUMEN

El texto es el epílogo escrito para el libro *Quand les femmes témoignent: histoire orale, histoire des femmes, mémoire des femmes* dirigido por Geneviève Dermenjian y Françoise Thébaud. En él se recogen las ponencias presentadas a una conferencia celebrada en Aviñón sobre la historia de las mujeres. El epílogo subraya la consolidación de las fuentes orales durante la última década, y la riqueza de las diversas aproximaciones metodológicas como la comparación de fuentes orales y escritas, la utilización complementaria de la estadística y las raíces comunes en diversos países que hicieron surgieran con fuerza las fuentes orales en cuanto fue posible grabar las voces. La crítica tal vez mayor que se hace a las ponencias editadas es la ausencia en algunas de ellas de un análisis más detenido de lo que se ha recogido oralmente.

Palabras clave: Fuentes Orales, Historiografía, Identidad, Metodología, Mujeres.

ABSTRACT

The text is the epilogue of the book *Quand les femmes témoignent: histoire orale, histoire des femmes, mémoire des femmes* edited by Geneviève Dermenjian and Françoise Thébaud. The book is the collection of papers presented at a Conference held in Avignon with the theme «Women's History». The epilogue stresses the

¹Epílogo, Publisud, 2009

consolidation of the oral sources during the last decade and the richness of the different methodological approaches, like the comparison between oral and written sources, the complementary use of statistics and the common roots in different countries that allowed the emergence of oral sources once it was possible to record the human voices. Maybe the strongest criticism is reserved to some papers that do not go deep enough in the analysis of what has been collected orally,

Key words: Oral Sources, Identity, Historiography, Methodology, Women

Quand les femmes témoignent: histoire orale, histoire des femmes, mémoire des femmes cuidadosamente editado por Geneviève Dermenjian y Françoise Thébaud, pone de manifiesto los logros que la historia de las mujeres ha conseguido acumular durante las últimas décadas; subraya, además, algunos debates significativos mantenidos con otros profesionales de la historia o de las ciencias sociales, tradicionalmente caracterizados por su misoginia o por su rechazo de las fuentes orales. La lectura de esta colección de artículos, ha renovado mi certeza de que nos encontramos frente a una riqueza extraordinaria, surgida gracias a la utilización de una variedad de enfoques metodológicos y, sobre todo, a la utilización inteligente de la situación de entrevista. La mayoría de autoras proclaman estar frente a una manera de historiar distinta, frente a una forma de combatir nueva a favor de las mujeres, y por la búsqueda de una mayor calidad en los relatos históricos, con planteamientos que contemplan escenarios y personalidades generalmente ausentes en lo hasta ahora escrito. Ésta es nuestra paradoja, el secreto más escondido. Nos dedicamos a escuchar y a grabar voces cuanto más insólitas mejor, convencidas de que las palabras oralmente escuchadas, permiten una escritura a la que tenazmente nos dedicamos.

La colección de artículos que este libro reúne no hubieran sido posible antes de 1968, aunque sólo fuese porque entonces todavía no se habían popularizado las técnicas de grabación, quizá también porque la oleada feminista de aquellos años era aún incipiente y la historia de las mujeres no se había planteado con la fuerza y rotundidad con que lo haría poco después. La creación de las fuentes orales y la historia de las mujeres crecieron juntas; se apoyaron mutuamente, cuando ambas querían establecer la legitimidad de su experiencia para comprender simultáneamente y documentar la subordinación de las mujeres y su resistencia. Éste es, pues, el primer dato decisivo que quisiera subrayar en este postfacio, el paso de gigante, sin posible vuelta atrás, que se ha dado en la utilización y “normalización” de las fuentes orales y de la historia de las mujeres. Este volumen constata que los esfuerzos de tantas pioneras, no ha sido en balde, en sus páginas se evidencia la potencia explicativa de los destinos individuales cuando preguntados con acierto y contemplados con distancia, permiten al mismo tiempo empatía y libertad, espontaneidad y profundidad en los relatos, reconstrucción, crítica y análisis. Como afirma Raphaëlle Branche, la entrevista constituye un palimpsesto en el que el historiador por su trabajo, durante la entrevista y después, se esfuerza por recuperar los estratos de lo dicho para comprender la narración producida.

A través de la lectura de estas páginas es fácil constatar que han existido caminos paralelos, raíces comunes en la creación y utilización de las fuentes orales y en la definición de la historia de las mujeres. Sin duda ha habido preocupaciones compartidas y puntos de partida semejantes, aunque las referencias utilizadas en Francia, el Reino Unido, Italia o Brasil sean en cada caso distintas, como si lo que se hace en un país se desconociera en otro. Por ejemplo, en el texto sobre el nacimiento y el desarrollo de la historia oral en Italia hay referencias a los coloquios internacionales de historia oral y a los encuentros propiamente italianos, mientras que el texto inglés que

aborda el mismo período ignora estos encuentros y se apoya, sobre todo, en la trayectoria de la revista *Oral History*, de la que una de las autoras, ha sido editora durante décadas. Y, por su parte, Geneviève Dermenjian y Françoise Thebault reintroducen el debate sobre las fuentes orales en el contexto francés.

Con una cierta fascinación acompañamos a las compañeras italianas y británicas, a Roberta Fossati y a Joanna Bornat y Hanna Diamond, en sus síntesis de los inicios de la utilización de las fuentes orales, a finales de los años sesenta y principios de la década de los setenta del siglo pasado. A destacar el ensimismamiento de cada una de estas historias relativas a las mujeres, que aparecen encerradas en sus respectivos ámbitos historiográficos, apoyadas casi exclusivamente en una bibliografía predominantemente italiana o inglesa. Como si fuesen esfuerzos estancos que surgen con planteamientos parecidos y que se alimentan de una militancia en gran parte ajena a la academia. Quizá sobre todo en el Reino Unido y en Italia la exploración de la historia oral estuvo acompañada por trabajadores sociales dedicados a grupos marginados.

Seguramente, parte de nuestra identidad como historiadoras, se encuentra en la militancia feminista a partir de un compromiso que distingue a muchas de las aportaciones aquí recogidas. Como si las fuentes orales estuviesen destinadas a cubrir el frente académico y el popular, el que mira al pasado y el que se preocupa por el futuro, el que quiere innovar y que a menudo queda atrapado en los orígenes. Fascinadas por voces que surgen de lugares insólitos y que suelen ser efímeras nos apresuramos a grabarlas. Me ha parecido vislumbrar en algunos textos una cierta timidez ante la sacralidad de la memoria de las personas que confían en nosotras, a las que acogemos y a las que hacemos “entrar” en los relatos históricos que escribimos. Como si el testimonio que recogemos fuera más importante que el oído que lo recibe y escucha. Quizá, porque como afirma Janine Gomes da Silva en su conclusión: “Des ‘écoutes’ qui

rendent l'usage de l'histoire orale aussi heuristique que plaisante". O en palabras de Anne Hugon también al final de su texto: lo que refuerza el valor de las fuentes orales es que "tant par le ton employé que pour le recours aux photos, ces conversations constituent une source vivante, mouvante, émouvante". A veces la persona cuya biografía queremos reconstruir ha fallecido y, entonces, debemos aproximarnos a ella a través de los relatos que ha dejado escritos o a través de las personas más allegadas; tal es el caso de la exploración que nos propone Joana Maria Pedro y que este volumen ha tenido el acierto de recoger.

Ciertamente, en muchas páginas de *Quand les femmes témoignent: histoire orale, histoire des femmes, mémoire des femmes* se respira un halo de intimidad que me atrevería a denominar "sagrada", entre las autoras y sus objetos de estudio, entre las mujeres que entrevistan y quienes les responden. Algunos textos descubren una proximidad apasionada por la novedad de los métodos, que las fuentes orales y las miradas de las mujeres permiten, como si cada autora iniciase un camino antes jamás roturado; cualidad que hace que muchas páginas sean entrañables y, a la vez, muestren pistas del camino todavía por recorrer. Otras aportaciones transparentan una necesidad de sinceridad, como si cada quien estuviera ante un modo de hacer inédito y se sintiera con la obligación de transmitirlo, para compartir su particular aventura en la búsqueda de diálogos significativos. Esta manera de expresarse es muy evidente en el texto de Évelyn Diebolt titulado precisamente "l'histoire orale ou les nécessaires errances". Textos así son inevitables por "la magia" de las fuentes orales, por la adicción a voces distintas a las nuestras, por la sorpresa ante lo que pensamos que antes nadie había descubierto.

De la colección de textos recogidos en este volumen yo destacaría tres grandes aciertos. El primero es la llamada que hacen Françoise Cribier y Ellise Feller sobre la

recogida y la conservación de las fuentes orales, porque nos consta que la mayoría de fuentes en manos de investigadores se pierden, no se catalogan o quedan sin posible acceso para otras personas que quieran utilizarlas. Cribier y Feller también plantean el tema primordial de los derechos legales sobre la utilización de las fuentes orales. Aunque cada país es susceptible de tener normativas distintas quienes contribuimos a crear las fuentes orales hemos de saber a qué atenernos y cómo comportarnos, desde un punto de vista jurídico, qué permisos solicitar de los entrevistados y dónde depositar las fuentes grabadas y/o transcritas, porque las fuentes orales son difíciles de producir, conservar y transcribir y su coste es siempre elevado. Los proyectos realizados para archivos son distintos porque su énfasis está puesto en las personas que los podrán utilizar en el futuro, pero éste no es el caso de los trabajos que aquí se presentan. Todos han surgido del interés de las personas que investigan y, por lo mismo, se trata de colecciones realizadas con objetivos muy concretos, según los proyectos respectivos y que poseen un valor incalculable. Estas fuentes producidas gracias a una investigación de calidad son quizá las fuentes orales más valiosas, pero que con mayor frecuencia se pierden y jamás podrán volver a consultarse, nadie más nunca volverá a oírlas.

Un segundo aspecto a destacar, es la creación y utilización de las fuentes estadísticas complementariamente a las fuentes orales. Quizá no sea casual que sea la misma Françoise Cribier la que plantea un estudio estadístico excelente. Gracias a los datos de la CNAV a partir de las informaciones registradas de unos cien mil pensionistas jubilados en 1972, ha podido definir una muestra significativa de más de mil personas inmigradas a París, y ha analizado las condiciones de inserción, las diferencias entre los hombres y las mujeres, sus niveles de vida, educación y capacidad de orientar las trayectorias familiares de sus hijas y un largo etcétera. Se trata de un estudio longitudinal y meticuloso basado en datos y fuentes escritas, pero también construido

con las palabras de los sujetos y en casos *post mortem* con las palabras de sus familiares próximos. Esta estrategia metodológica de entrevistar a los allegados de las personas que han fallecido es la que utiliza con esmero en este volumen Mônica Raisa Schpun.

Las estadísticas se pierden, cambian de formato y son difícilmente utilizadas por equipos o personas distintas de las que en un principio las idearon. Desde mi punto de vista las fuentes orales, escritas o seriales deberían ir siempre unidas, porque las estadísticas plantean las preguntas que más interesan, pero no pueden responderlas, sólo descubren la rotundidad numérica, mayoritaria o no, de los hechos sociales. Mientras las fuentes orales – es decir los testimonios que se ocultan detrás de las cifras colectivas – son los únicos que dan razón de y responden las preguntas que formulamos, ya que son esas personas y no otras las que han vivido las experiencias que analizamos y, por lo tanto, conocen aspectos definitorios del proceso que investigamos.

Un tercer aspecto a subrayar es el que todos los artículos recogidos utilicen las fuentes orales de manera complementaria generalmente con las fuentes escritas, lo que da al volumen una calidad historiográfica que se aproxima a la que me gusta denominar una historia sin adjetivos, para huir del término “oral” que referido a la historia escrita me parece peyorativo, reductor o, en todo caso, porque tiende a situarnos en un gueto del que nada bueno puede surgir, excepto la ineludible fiesta en que resultan ser casi todos nuestros encuentros en los que celebramos una y otra vez la “historia oral”, y en los que siempre he participado con gusto. Contra el gueto y la estéril justificación metodológica hemos de reivindicar la interpretación; no entretenernos tanto en explicar como lo hacemos sino en el producto final, en la calidad del contenido, del mensaje o de las conclusiones.

Tal vez una línea futura podría ser la de dar mayor espacio en la investigación ya no a la complementariedad necesaria entre los distintos tipos de fuentes, sino a la

comparación en las maneras de entrevistar y de escoger a los testimonios, y a las diferencias y similitudes de los distintos temas abordados. No puede ser que cada estudio sea “único”, que cada investigación se inicie como desde la nada. En este volumen los trabajos de Geneviève Dormenjian y Dominique Loiseau y los de Grazielle Bonansea hacen referencia y analizan determinadas instituciones o asociaciones partidarias o religiosas, católicas, comunistas o fascistas a las que podría añadirse el estudio de Anne Hugon sobre las comadronas de Ghana, quienes espontáneamente establecieron una comparación con las instituciones religiosas o militares: “un esprit de corps, voire une conscience de classe”.

Un avance extraordinario lo supondría el poder comparar estos trabajos y desgajar aquello que es propiamente colectivo, quizá estructural, de lo que es personal o individual, y captar el impacto que estas instituciones han tenido en la memoria y en la biografía posterior de las personas que las han vivido. Un ejemplo, inspirado en el trabajo de Janine Gomes da Silva, podría ser comparar los sufrimientos por los que atravesaron las mujeres en Joinville (Brasil) al serles prohibido hablar en alemán incluso en sus domicilios y sus estrategias para sobrevivir gracias a la utilización del *Plattdeutsch*, con el sufrimiento de los esclavos negros cuando fueron transportados, desde África a las Américas, a propósito mezclados con los que hablaban lenguas distintas, para impedirles que se comunicaran. Otro ejemplo, en mis estudios sobre la importancia de la alfabetización fue muy útil comparar a las personas analfabetas de la periferia barcelonesa durante la Segunda República española entre 1931 y 1939, con las personas analfabetas afroamericanas y europeas americanas que vivieron en Baltimore el New Deal durante los años treinta del siglo pasado.

Éstas son cuestiones difícilísimas que quizá se resolverán cuando nos convenzamos de que lo importante son los resultados obtenidos y no los obstáculos

vencidos, que lo decisivo es la interpretación y las ideas nuevas y no repetir las palabras recogidas, y que trabajos sin conclusiones matizadas, extensas, casi diría rotundas nos dejan a la espera de una profundización mayor por parte de las historiadoras que lo han realizado. A veces da la impresión que nos agota tanto el camino recorrido, que nos fascinan tanto las voces escuchadas, que nos justificamos por lo ya hecho y abandonamos el tajo en el preciso momento en que estamos a punto de alcanzar el territorio propio nuestro: el de la elección de las claves, síntesis, encadenamientos y enfoques que siempre ha sido el gran servicio que la historia ha prestado a la humanidad. Historiar es eso y no otra cosa.

Vivimos tiempos que alumbran técnicas nuevas y permiten la creación de otras fuentes que, como las estadísticas trabajadas con la potencia de los ordenadores digitales y las orales y visuales con el multimedia, han conseguido introducir la dimensión del silencio y de la interioridad personal como una encrucijada explicativa esencial del historiar, aunque en los textos escritos por definición nunca haya un espacio para los silencios. No obstante, normalmente lo que se calla es decisivo y averiguar por qué no se expresa puede dar pistas sobre las razones profundas de todas las mayorías invisibles. Ésta es para mí una cuestión primordial. En los trabajos que aquí se recogen, se mencionan y se analizan poco los silencios que tanto ayudan a desmitificar las interpretaciones historiográficas. No debiéramos olvidar que destruir mitos y romper tabúes está en la base de nuestro oficio y es una de las utilidades de las entrevistas. Lo primordial de las fuentes orales es que nos devuelvan el sentido común, que nos den la orientación de la brújula y nos abran las puertas del camino insólito y fascinante hacia lo invisible que, como los silencios, resulta ser siempre la roca sobre la que cimentar una interpretación si no certera, si hacedera. Es, sobre todo, al sondear los silencios, especialmente los silencios de las mujeres, cuando las fuentes orales utilizadas

complementariamente nos ayudan a escribir un relato histórico que no necesita de adjetivos para definirse.

La aceleración del tiempo que aleja las infancias y adolescencias de generaciones sucesivas está íntimamente ligado a la construcción de la memoria como resistencia a cambios no deseados, o como alternativa en la que las vivencias del pasado permanecen como aquello que no queremos olvidar. La reducción de los espacios geográficos por la rapidez, casi inmediatez en los sistemas de comunicación, contribuye a dar mayor énfasis a los tiempos de la mente humana; entre otros motivos porque mucho de lo que ocurre se produce en nuestro interior. Por esto es indispensable el estudio de la memoria personal, de los sentimientos y de las valoraciones de la propia historia a través de los llamados relatos de vida en los que la construcción del tiempo ni es cronológica, ni lineal.

La mayoría de especialistas de múltiples disciplinas, reconocen el potencial enorme que ofrecen las historias de vida en toda clase de contextos. No podemos sino celebrar que el testimonio personal tenga actualmente un lugar central en la creación de conocimiento y que la popularidad e influencia de las biografías nunca haya sido mayor. Un sondeo en el Reino Unido demostró, como concluyen en su trabajo Bornat y Diamond, que las historias o relatos de vida se utilizaban en las disciplinas siguientes: historia, sociología, literatura, estudios sobre los medios, estudios de género o sobre las mujeres, archivos, bibliotecas, educación, ciencias políticas y sociales, psicología, antropología, folclore, genealogía, historias comunitarias o locales, historia de la ingeniería, información tecnológica, lingüística, música, arqueología, arte, drama, geografía histórica, medicina, latín medieval, en desarrollos profesionales y trabajos de reminiscencia.

Para las mujeres que nos hemos dedicado a esclarecer algunos puntos muy concretos de nuestro pasado utilizando además de la estadística las fuentes orales, nos es fácil aproximarnos a los relatos biográficos y a las rememoraciones que provocamos, porque muchas veces las miradas ajenas son espectaculares y especulares y en ellas vemos reflejada nuestra imagen, como si en la entrevista pudiera construirse una doble biografía. Las que hundimos nuestras raíces en lo profundo del siglo pasado sabemos la fuerza que han tenido las ideologías colectivas. Las de mi edad nos reconocemos formando parte de una generación que se creyó los programas del socialismo o de las iglesias. Pero desde hace un tiempo empezamos a percibir que este anclaje en lo colectivo, puede ser un abismo con las nuevas generaciones que inventan sus identidades con otras palabras y de maneras distintas. Estos cambios en las maneras de ser del siglo precedente, hacen que la desazón sobre los fenómenos colectivos pueda considerarse como el camino que nos ha permitido llegar, descubrir o revelar de manera nueva la fuerza de lo singular, dicho con palabras más rotundas: el poder de la identidad.